



Encuentro Diocesano de Migraciones Callosa de Segura, 16 de Enero de 2016

Mis queridos hermanos sacerdotes, miembros del Secretariado Diocesano de Migraciones, hermanos todos de esta parroquia de San Martín de Callosa de Segura:

Como les decía en el saludo, es una jornada muy importante aquello que estamos viviendo y celebrando unidos a toda la Iglesia. El papa Francisco, en su mensaje para la Jornada Mundial de las Migraciones, destaca la importancia de aquello que hoy se nos invita a reflexionar. El mismo lema es toda una sugerencia al hacer referencia, tanto a los refugiados, como a las personas que son emigrantes y que nos interpelan desde sus necesidades, desde su situación. Nuestra Diócesis el tema de toda la enorme cantidad de personas venidas de otras tierras, tiene un gran peso específico en la realidad humana de nuestra Iglesia Diocesana. Son por tanto auténticos retos a nuestra caridad, a nuestra misericordia, a nosotros que celebrábamos hace bien poco la Navidad, que contemplábamos al Señor que tiene que marchar, después de nacer en Belén, con sus padres como refugiado, huyendo de una matanza, huyendo del sufrimiento, siendo salvado por José y por María. No solamente está en Egipto siendo extranjero, sino que además, desde allí, no siendo las circunstancias propicias para volver a Judea, tiene que marchar a Galilea, a Nazaret, donde veíamos que María su madre acogía el anuncio que hará posible la Encarnación.

Por tanto, nuestra sensibilidad como cristianos, y más en este Año Jubilar de la Misericordia, ha de ser un auténtico don que le pidamos al Señor. Yo quisiera, no solamente en un momento así dar las gracias en nombre de la Diócesis al trabajo que todo el equipo de Migraciones de la Iglesia Diocesana de Orihuela - Alicante realiza, sino que además de agradecer su tarea y de que sigan siendo conciencia y sensibilidad para todos nosotros, en esta ocasión animo, que le pidamos al Señor en esta Eucaristía ser personas con el corazón capaz de comprender, de acoger, y de ayudar a integrar.

Pidámosle al Señor también, no sólo por aquellos que nacimos en esta tierra y debemos ser acogedores, sino pidámosle también al Señor por la sensibilidad, el corazón de aquellos que vienen de fuera. Que también ellos aprendan a valorar, a respetar esta tierra que quiere ser de acogida. Que ellos también intenten, no sólo obtener una vida mejor para los suyos, sino hacer con respeto y con correspondencia un esfuerzo de integración, porque el futuro es algo muy complejo de poder construir entre todos, y entre todos tenemos que poner de nuestra parte, nuestro esfuerzo, puesto sentido común y también nuestro corazón. Pidamos al Señor, ante algo tan complejo, tan no fácil, que vemos también en Europa como es una cuestión difícil, controvertida, y pidamos la gracia al Señor que experimentó en sí mismo ese ser extranjero, ese tener que huir de guerras, y de persecuciones que nos conceda sabiduría, mucha sabiduría, mucha sensibilidad, muchas miras altas para que unos sean acogidos y otros se dejen también integrar respetándonos los unos a los otros, sumando riquezas y haciendo de nuestra realidad, no algo cada día más difícil, sino algo cada día más lleno de comprensión, de integración, de riqueza y de amor.



Precisamente, la carta de San Pablo en la lectura de este segundo Domingo, viene a hacer memoria de que esa diversidad de riquezas, que siembra el Espíritu, en el fondo procede y tiene como origen al único Espíritu, que está uniendo, en la variedad y diversidad, no sólo de cada comunidad cristiana, sino en la variedad de comunidades que nos conforma.

Sería precioso, en este Año de la Misericordia, tomar como una gran lección el Evangelio de San Juan que acabamos de escuchar. Un Evangelio que es sencillamente sorprendente. El primer milagro de Jesús, como dice Juan, manifiesta su gloria hace su primer signo, y es algo que desconcierta. Mientras el Pueblo de Israel, durante generaciones y siglos, está aguardando más bien un Mesías que traiga justicia, que ponga las cosas en el sitio, viene el Señor y el primer gran gesto donde manifiesta todo, ante María, ante los discípulos, ante los invitados, es principalmente manifestar misericordia, sensibilidad, comprensión. El Señor, conducido un poco por su madre María, se pone en el lugar de esos novios que ven peligrar la alegría de su celebración. Y Jesús en ese marco, hace su primer milagro: convertir el agua en vino. Un signo que muchos ven como la inauguración de lo nuevo, que el ritualismo, todo lo que de anciano tenía el legalismo judío queda convertido, por la alegría del Reino que hace presente Jesús. Ese Jesús que viene a transformar nuestras vidas, nuestra realidad, a traer la salvación, a liberarnos del miedo, de cadenas, de esclavitudes, de mediocridades; y viene a emborrachar a la humanidad con su Gracia, con su Luz, con su Esperanza, con la eternidad que nos ha conseguido gracias a la Resurrección.

En este Año de la Misericordia, que bonito es aprender, no sólo de Jesús, sino de María. La sensibilidad exquisita que demuestra, ella está pendiente, se anticipa al posible desastre, a la posible carencia y sufrimiento de esos pobres novios a punto de naufragar en su fiesta. María no sólo tiene sensibilidad para captar la necesidad, para percibir lo que hace falta, sino que encima se dirige a su hijo y le conduce, le mueve, le empuja, a que realice aquello que remedie la situación.

Queridos hermanos, miremos al Señor, dejémonos cambiar y transformar por Él, seamos, como nos pide Papa Francisco en este Año Jubilar de la Misericordia, gente con corazón, capaces de descubrir cada día ese corazón grande de Dios nuestro Padre, que nos quiere con locura, que nos ha dado a Jesús, que nos ha dado todo lo que tenemos: la luz, la esperanza, la vida, la eternidad. Seamos personas que vivamos intensamente este Año Jubilar dejándonos transformar por el amor del Señor. Nada hay más grande, ni más transformador que el amor. Nada más grande, como dirá el Papa en la bula *Misericordiae Vultus*, que llegar a poder tocar, experimentar en primera persona, en la propia historia y la propia vida cuanto nos quiere el Señor, cuán grande es su misericordia. Que esa experiencia de la misericordia de Dios nos convierta a nosotros en instrumentos de su amor, de su misericordia de cara a aquellos que nos rodean, también de cara a los que son distintos, a los que hablan otra lengua, tienen otro color de piel, a los que han venido de otras tierras, corazón, como el del Padre, misericordiosos como Él, acogedores como Él, sensibles como Jesús, como su madre y madre nuestra que es María.



Mis queridos hermanos, vamos a rezar al Señor en la Eucaristía de esta Jornada, pidiendo y suplicando al Señor que ese corazón y esa sabiduría tan importante para este momento que nuestra tierra vive, ante esa gran cuestión que es saber acoger, saber integrar a aquellos que vienen de otras tierras. Pidamos al Señor que nos lo conceda. Yo le voy a pedir también por esta querida parroquia de San Martín de Tours, un santo tocado por la caridad, como San Roque, también tocado por la caridad. Tenéis dos grandes referentes, San Roque y San Martín, hombres de caridad, hombres de corazón. Que realmente esta querida parroquia viva un año de Gracia precioso, en este Año Jubilar de la Misericordia. Que todos los callosinos y callosinas experimentéis, en el fondo de vuestras vidas, cuánto os quiere el Señor. No estéis tristes, no os sintáis solos, Dios es amor y nosotros somos sus hijos, y Él está en cada uno de nosotros. Acoged al Señor, vivid este año y haceos, sobre todo, delicados, cariñosos, cercanos, preocupados, servidores como el Evangelio de hoy de las bodas de Caná nos ha hecho ver en Jesús y en María su madre. Dios os bendiga, que Así Sea.

✠ Jesús Murgui Soriano
Obispo de Orihuela-Alicante